

VIETNAMITAS
CONTRA FRANCO
Letras perseguidas y espacios secretos

JESÚS A. MARTÍNEZ

VIETNAMITAS CONTRA FRANCO

Letras perseguidas y espacios secretos

CÁTEDRA

1.ª edición, 2023

Diseño de cubierta: INGenius

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Jesús A. Martínez Martín, 2023
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2023
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
Depósito legal: M. 17.684-2023
I.S.B.N.: 978-84-376-4640-4
Printed in Spain

A la memoria de mi abuelo Alonso Martínez Lozano, héroe de la patria en Annual (1921) y sargento del Ejército Popular de la República (1937-1939). Fue recluido en el campo de concentración de Aranda de Duero y en los penales de Valdenoceda, Porlier y Torrijos (1939-1943). Fue absuelto en Consejo de Guerra en 1943. Falleció ese año a consecuencia de las condiciones carcelarias, dejando viuda y cuatro menores, en tiempos de hambre y de silencio. Su memoria quedó recluida durante cuarenta años más.

Presentación

El origen de este ensayo ilustrado se sitúa en la investigación historiográfica que desplegué, en calidad de comisario, para la exposición *Letras clandestinas, 1939-1976*, organizada por la Imprenta Municipal-Artes del Libro del Ayuntamiento de Madrid y en cuya sede se exhibió entre el 28 de abril y el 30 de octubre de 2016. Las imágenes y un estudio introductorio dieron lugar al catálogo que, con el mismo nombre, se editó aquel año. El propósito fue exponer, con un relato visual, las manifestaciones de la cultura escrita de la clandestinidad, impresa o manuscrita, que circuló durante la dictadura de Franco. En esa dimensión clandestina se había cobijado una amplísima gama de publicaciones y todo tipo de producciones escritas, materiales y documentos, con el denominador común de que todas fueron clandestinas y se atrevieron a circular fuera de los márgenes de la dictadura y a intentar derribarla. En forma impresa, este repertorio consistía en libros, revistas, folletos, prensa periódica, prensa efímera y ocasional, boletines, cuadernitos, hojas volantes, octavillas, carteles, pancartas, pegatinas, calendarios, sellos...; y en forma manuscrita, en periódicos hechos a mano en las cárceles, cartas, docu-

mentos, poesías, informes, pero también pintadas, dibujos, grabados, serigrafías o murales, procedentes de 35 centros públicos o privados de documentación y colecciones particulares, que configuraron un riquísimo y amplio inventario patrimonial de un mundo oculto y ocultado durante mucho tiempo. Sus dimensiones desbordaron todos los presupuestos iniciales y la exposición desveló, solo en la epidermis, la envergadura de un fenómeno cultural, político y social de gran alcance que se desarrolló con fuerza durante cuatro décadas de la historia de España del siglo xx, y que apenas se había visibilizado hasta entonces.

Una vez clausurada la exposición, el estudio continuó multiplicándose al haber tocado y después penetrado en una fibra documental de dimensiones insospechadas y de naturaleza muy diversa que removía las entrañas de la memoria de un mundo sumergido y que fue emergiendo, poco a poco, como un goteo, sin cesar, a la superficie de la historia. La práctica de esta arqueología documental repleta de indicios, objetos y testimonios fue destapando una realidad tangible dotada de sentido y dispuesta a salir de la oscuridad e incorporarse al conoci-

miento de una de las etapas más oscuras de la historia de España. Los vestigios, en forma de periódicos, octavillas o carteles, fueron saliendo de sus numerosos escondrijos, como si ya no quisieran permanecer o circular en el espacio natural, clandestino, para el que fueron creados. La investigación se abrió y se intensificó con nuevos repertorios documentales, materiales que aportaban un valor añadido y testimonios orales o escritos que iban saliendo a la luz de la historia después de haber estado escondidos en la memoria. La consulta de diversos centros públicos y privados de documentación amplió cuantitativamente el estudio y diversificó cualitativamente la investigación.

La clandestinidad existió. Fue una respuesta a la persecución y la represión por parte del Estado vencedor de la Guerra Civil que, de forma implacable, proyectó la eliminación de sus adversarios y el control de sus disidentes. Fue permanente, pues se dilató tanto como la dictadura, y se movió de manera subterránea a impulsos de su capacidad de resistencia, sorteando los procedimientos represivos con un combate de tinta. Lejos de languidecer con el tiempo, se multiplicó para convertirse en un reto difícil de taponar para el régimen. Protagonizada por las organizaciones políticas y sindicales de los perdedores de la guerra, dos décadas después se fue extendiendo más allá de la militancia para expresar el inconformismo, la rebeldía o la disidencia de estudiantes, obreros, curas, vecinos de barriada o intelectuales, ensanchando sus dimensiones sociales y culturales. Tampoco tuvo perfiles ideológicos universales, sino una procedencia política múltiple o sin coberturas políticas e ideológicas precisas, que compartían un gesto transgresor y contestatario para expresar la denuncia o la lucha contra la dictadura. Sus protagonistas, muy diversos, se movieron en una cultura clandestina, como comporta-

miento vital, con una comprensión de la realidad social y política muy distinta de la aparente estabilidad y orden de un régimen incontestable. Pusieron a prueba su imaginación, sus capacidades creativas y sus destrezas en situaciones límite y retaron sin descanso a los poderes de la dictadura, que eran los únicos que entonces conocían bien la fuerza de la cultura escrita y la amenaza que suponía. Eran letras de agitación, panfletarias, por su contenido, pero sobre todo por los gestos de rebeldía en los que descansaban, configurando un tejido de prácticas culturales clandestinas. En su origen creativo fueron las únicas letras libres, porque cualquier forma de expresión estaba mutilada por una censura radical, pero se transformaron en proscritas cuando circularon o pretendieron circular en un régimen de prohibición y persecución. Por eso, la clandestinidad no fue una opción, sino el resultado de la obligación a la que fue condenada una España paralela y subterránea que pretendía expresarse fuera de los márgenes impuestos por la dictadura.

Este libro no es una historia de la oposición política al régimen de Franco, ni de las organizaciones que la practicaron; ni una historia de la censura y de los procedimientos represivos del poder, sino una historia de la cultura escrita clandestina en tiempos de dictadura, que aborda su producción y los circuitos por los que discurrió con todas sus implicaciones sociales, culturales y políticas. Se manifestó en muy diversos soportes, formatos y técnicas, con letras, dibujos o imágenes cruzándose y alimentándose en tantas versiones y contenidos distintos como ilimitadas posibilidades creativas. Fue, al mismo tiempo, muy heterogénea en sus mensajes, propaganda y dimensiones discursivas, pero siempre estuvo apoyada en su capacidad para enfrentarse a los poderes de una dictadura contundente y longeva. Estas actividades clandesti-

nas se encontraron con el muro de la represión y con las dificultades para extender sus misivas al conjunto social, pero poco a poco fueron abriendo grietas que hicieron visibles las contradicciones de la dictadura y poniendo al descubierto la vulnerabilidad de su concepto más querido: el orden público. Por sí mismas, no iban a acabar con un sistema de poder muy consolidado, aunque sus protagonistas clandestinos tuvieron una visión permanentemente distorsionada de la realidad e idealizaron siempre su caída como inminente, pero la erosión que provocaban fue constante, y su visibilidad mayor en los últimos compases de la dictadura de los años sesenta y setenta. Por eso, este libro es también una historia de las gentes sin historia.

Fueron muchos los símbolos en los que la actividad clandestina descansó. Pero entre todos ellos destacaron los aparatos con los que se elaboraron de forma rudimentaria la mayor parte de las octavillas, boletines o periódicos, adaptándose a las difíciles condiciones de la clandestinidad. La técnica más extendida estaba basada en la mimeografía, que permitía reproducir miles de textos de forma rápida, silenciosa y con poco coste a través de multicopistas. Su fabricación casera estaba al alcance de cualquier clandestino que quisiera tirar propaganda, y dependía de pequeñas y simples maquinillas que acabaron adoptando el término «vietna-

mitas» como denominación más extendida en la jerga de la clandestinidad. Se convirtieron en el emblema de la lucha contra la dictadura, lo que equivalía al emblema de la lucha *contra Franco*.

Este empeño de varios años de investigación ha sido posible por el concurso y la ayuda de muchas personas e instituciones, que han facilitado o han puesto a mi disposición los documentos, objetos y testimonios que componen este libro con más de cuatro centenares de imágenes. Los centros públicos y privados de investigación figuran al final de estas páginas. Las personas merecen además aquí el reconocimiento alfabético de su ayuda desinteresada: Agustín Gómez, Almudena Asenjo, Ángeles Puertas, Aurelio Martín Nájera, Beatriz García Paz, Carlos Fernández Rodríguez, Carlos Ramos, Dimas García Moreno, Eddy Allart, Filomena Donoso, Francisco Marín, Inmaculada Zaragoza, Isabel Palomera, Javier Antón, Jesús Ayuso, José Babiano, José Benito Bartres, José Bonifacio Bermejo, Juan Carlos García Bertrán, Manuel Calvo, Marcos Ana, María Carmen Sánchez Biedma, Mayka Muñoz, Miren Barandiarán, Nicolás Sánchez-Albornoz, Óscar Alzaga, Patricia González-Posada, Ramón Adell Argilés, Santiago Martínez y Víctor Díaz Cardiel. Y, desde luego, mi agradecimiento a Raúl García Bravo, editor de la editorial Cátedra, siempre confiando en mí.

Madrid y Alaejos (Valladolid),
febrero de 2023

Prefacio

*Mayo, 2016. Ciudad Universitaria de Madrid.
Facultad de Ciencias Químicas*

Aquel día de la primavera madrileña amaneció especialmente gris y ventoso. Los remolinos de aire penetraron en todos los rincones del vestíbulo de entrada de la Facultad. Removieron con fuerza las puertas, los ventanales y los paneles. Pero el aire también removió la historia de un tiempo que parecía detenido, porque, pasado el vendaval, algo distrajo la atención de uno de los bedeles. Por el hueco del lucernario asomaba lo que parecía ser la esquinita de un papel, rompiendo la armonía y las líneas rectas y limpias del techo de escayola. Aquel guiño del destino despertó su curiosidad. Subido a una silla, tiró de aquella esquinita y, temeroso de abandonar su escondrijo, apareció despacio un pequeño trozo rectangular de papel impreso liderando la salida a la luz de toda una comitiva de papeles ocultos. El asombrado bedel, asomado al olvidado hueco, comprobó que había aún más, hasta medio centenar, disfrazados por el polvo y el paso del tiempo, amarillentos o ennegrecidos según la posición en la que se habían acomodado. Algunos estaban salpicados de la pintura que en su día se aplicaría al techo.

Eran octavillas. Correspondían a varios partidos políticos y a diferentes fechas. Algunas estaban repetidas con cuatro o cinco ejemplares. La más antigua era del PCE (m-l), grupo escindido del PCE en 1964, con un llamamiento «A la clase obrera, a todos los trabajadores y al pueblo de Madrid» fechada en septiembre de 1972 [1]. Otra estaba firmada, esta vez sin fecha, pero posterior al consejo de guerra celebrado en Burgos a finales de 1970, por el Partido Comunista de España (internacional), también grupo maoísta escindido del PCE en 1967. Una tercera estaba editada por el Comité de Universidad de la JGR, sin fecha tampoco, pero hacía alusión a la revisión del sumario del proceso 1001 por el Tribunal Supremo en diciembre de 1974. Las demás se tiraron después de la muerte de Franco, ya en 1976. Una estaba difundida por el Partido Carlista en enero de ese año, con un llamamiento al que estaban adheridos la ORT, Reconstrucción Socialista de Madrid y USO, y reproducía el «Llamamiento del Comité Coordinador de Madrid de la Junta Democrática y de la Plataforma de Convergencia Democrática al pueblo de Madrid», es decir, de los dos organismos unitarios que coordinaron la mayor parte de las fuerzas políticas de oposición. Otra

A LA CLASE OBRERA, A TODOS LOS TRABAJADORES Y AL PUEBLO DE MADRID

El 26 de Septiembre se cumplen dos años desde que en 1970 los oligarcas fascistas y multimillonarios "españoles" renovaron la venta de España al imperialismo yanqui, sometidos aún más a sus amos norteamericanos en todos los terrenos.

Desde 1953, año tras año, los yanquis se han ido apoderando del país, hasta convertirlo en una colonia donde hacen lo que les viene en gana. Dirigen toda la política fascista y sus Cortes por medio del "Comité Conjunto Hispano-Americano", ocupan nuestro país con 30.000 soldados en más de 30 bases e instalaciones militares cargadas de bombas atómicas. El Gran Patrón Yanqui es el dueño de cientos y cientos de grandes empresas, domina totalmente la economía y explota salvajemente a nuestra clase obrera.

El invasor yanqui es el culpable de la brutal carestía de la vida. Nos obliga a comprarle los productos que les sobran, hundiendo en la miseria a los campesinos. Controla los sectores intermediarios, los que compran a precio de miseria a los campesinos y venden carísimo a los obreros y al pueblo de la ciudad. Y por si esto fuera poco las principales marcas de leche, mantequilla, galletas, queso, y otras como las de perfumería y la Rofe que están subiendo continuamente los precios, son suyas también.

Domina los supermercados y grandes almacenes, y a través de ellos sube los precios de la ropa y otros artículos necesarios para el pueblo, mientras hunde a los pequeños comerciantes de nuestros barrios.

Y además, encima nos vende porquería a precio de cosas buenas, haciendo fraudes y adulteraciones en los alimentos que compramos: los leches RAM y ONA que se vendían en mal estado son de los yanquis; los aceites adulterados los envasan también empresas yanquis. Nos venden margarina a precio de mantequilla, sopas de carne hechas con despojos podridos, conservas en malas condiciones, vino hecho de polvos y agua, cremas de dientes y jabones que contienen productos venenosos, mientras las cosas buenas son para ellos y sus compinches fascistas.

LOS YANQUIS SON LOS CULPABLES DE LA CARESTIA DE LA VIDA, DE LAS SUBIDAS DE PRECIOS, DE LOS FRAUDES, DE LAS ADULTERACIONES DE LOS ALIMENTOS Y TODOS LOS PRODUCTOS QUE CONSUME EL PUEBLO. (sigue a la vuelta)

CIOS, DE LOS FRAUDES, DE LAS ADULTERACIONES DE LOS ALIMENTOS Y TODOS LOS PRODUCTOS QUE CONSUME EL PUEBLO.

Frante a todo ello, organicemos la lucha en cada mercado de Madrid, negándonos a comprar todos juntos los productos que suban, haciendo manifestaciones contra la subida de precios, y atacando los supermercados y grandes almacenes, casi todos en poder de los yanquis, llevándonos sin pagarlo todo lo que necesitamos y no podamos comprar con los precios que estos ladrones han puesto. Frante a los alimentos en malas condiciones, destruyamos las existencias que tengan, para que aprendan a no engañar al pueblo.

HAGAMOS MANIFESTACIONES EN BARRIOS Y MERCADOS. COFORMOS EN GRUPOS ORGANIZADOS TODO LO QUE NECESITEMOS DE LOS SUPERMERCADOS Y GRANDES ALMACENES DE YANQUIS Y RTCACHONES. LUCHEMOS EN CADA FABRICA POR UNA SUBIDA INMEDIATA DE SALARIOS.

En este mes de Septiembre que se oiga aun más fuerte por toda la ciudad el grito de "FUERA YANQUIS DE ESPAÑA". No olvidemos que son los yanquis los que quieren imponernos al palaco Juan Carlos como heredero del anaco del Pardo. No olvidemos que son los yanquis con su Ley de Educación los que quieren someter la Universidad a sus intereses. Apoyemos al heroico pueblo de Vietnam, a los pueblos de toda Indochina.

!! ABAJO EL 26 DE SEPTIEMBRE, FUERA YANQUIS DE ESPAÑA !!

!! CONTRA LA CARESTIA DE LA VIDA Y SU CULPABLE, EL GOBIERNO YANQUI-FASCISTA !!

!! TODOS CON LOS ESTUDIANTES QUE SIGUEN SU FORMIDABLE LUCHA CONTRA LA LEY DE EDUCACION YANQUI Y LA ASESINA REPRISION FASCISTA !!

!! EL PUEBLO ESPAÑOL Y EL VIETNAMITA JUNTOS CONTRA EL MISMO ENEMIGO !!

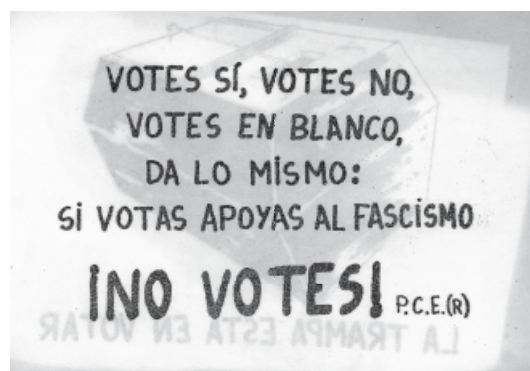
!! MUERA LA MONARQUIA DEL PELEBR JUAN CARLOS Y EL VERDUGO CARRERO BLANCO !!

!! NI FRANCO, NI YANQUIS, NI KEY: REPUBLICA POPULAR Y FOLKORATIVA !!

Comité de Madrid del Partido Comunista de España (marxista-leninista). Septiembre 1972

P.C.E. (M-L)





[2] Octavilla (anverso y reverso) *La trampa está en votar*, 1976, PCE (r). AHUCM.

estaba fechada el 14 de septiembre de 1976, era del PTE y llevaba por título «Basta ya de asesinatos», en tamaño más pequeño, en dieciseisavo. Y la última, cronológicamente, tenía en su anverso un dibujo con una urna de madera simulando un cepo en el que quedaría atrapado el voto, con la leyenda «La trampa está en votar», y en el reverso, firmado por el PCE (r), figuraba la consigna «No votes», en alusión al referéndum para la reforma política convocado para el 15 de diciembre de 1976 [2]. Todas eran panfletos tirados en precarias multicopistas manuales y de fabricación casera que la jerga de la militancia política denominó «vietnamitas».

Habían sido tiradas al final de la dictadura y habían permanecido allí desde entonces. Formaban parte de cuarenta años de clandestinidad y ahora despertaban en un mundo de libertades, carentes ya del propósito para el que fueron escritas y difundidas. Eran el símbolo de la cultura escrita clandestina en tiempos de la dictadura y después fueron olvidadas como restos de un paisaje que cuarenta años atrás era cotidiano, cuando la lluvia de octavillas se posaba casi a diario en el suelo de las facultades uni-

versitarias. Eran vestigios de una forma de disidencia, frágiles y pasajeros, pero ahora eran testigos del pasado dejando constancia de un mundo perdido.

Posiblemente su largo escondite no era obra de ningún coleccionista anónimo que las hubiera alojado allí para conservarlas a salvo de su tenencia peligrosa, sino que se fueron depositando espontáneamente como sedimentos del lanzamiento de octavillas al aire por los estudiantes, algo muy habitual en este vestíbulo central que permitía ver la entrada de la Facultad y la posible llegada de la policía después de que hubieran levantado barricadas [3] en el exterior. Y allí, después de muchas tiradas, algunas de ellas habían planeado buscando reposo, almacenándose y fosilizándose, hasta quedar sepultadas por el tiempo y el olvido. Habían nacido clandestinas y habían continuado siéndolo cuarenta años más.

Las octavillas y las vietnamitas con las que habitualmente se producían eran todo un símbolo de cultura escrita disidente durante la dictadura. Las primeras habían volado otros cuarenta años atrás, después de la Guerra Civil, como el instrumento de agitación más visible



[3] Fotografía de la Policía Armada y barricada de estudiantes frente a la Facultad de Ciencias Químicas de la UCM.

en constante desafío a la longeva dictadura y a sus mecanismos de control, sin que estos logran acabar con ellas. Al revés, se multiplicaron con tanta fuerza con el tiempo que proliferaron en los años sesenta y setenta, no solo en los suelos de las universidades sino en muchos escenarios urbanos que se poblaban con aquella lluvia escrita de panfletos. Fueron el emblema de la agitación y la lucha contra la dictadura, quizá el más visible, pero no el único de una cultura escrita clandestina que retó continuamente al régimen, que se revolvía implacable para intentar controlarla. Fue un permanente combate de

tinta con todo su repertorio expresivo: libros y revistas proscritos y de contrabando, folletos con cubiertas falsas, prensa periódica clandestina, cartas troceadas, informes en clave, documentos falsificados, octavillas y todo tipo de hojas volantes, carteles, pintadas, pancartas, pegatinas y pasquines... Eran letras clandestinas que representaron la fuerza de lo prohibido, sometidas a persecución, pero también eran letras libres que exhibían la fuerza creadora de sus protagonistas a salvo de las mediatizaciones del poder. Por ello no sufrieron la censura, pero sí la represión. Todo había empezado en 1939.

1

Letras clandestinas

LA FUERZA DE LA PALABRA ESCRITA

En 1939, con la victoria en la Guerra Civil de una implacable dictadura dispuesta a silenciar y eliminar a los vencidos, se abrió un mundo subterráneo de circuitos clandestinos, espacios escondidos y actividades secretas que, sin descanso, se prolongó hasta 1977. No hubo paréntesis. Aunque la contienda militarmente fuera convencionalmente clausurada el 1 de abril de aquel año, el estado de guerra se prolongó hasta 1948 y los procedimientos de vigilancia, control y represión se mantuvieron inflexibles como una pieza central de la configuración y sostenimiento de la dictadura. Los perdedores de la guerra, o todos los que identificaron sus problemas vitales con la dictadura en forma de rebeldía, inconformismo, disidencia u oposición política, se sumergieron por definición en la clandestinidad porque no había otro procedimiento para manifestar sus discrepancias con el régimen nacido con el golpe de Estado de julio de 1936 y la Guerra Civil en la que desembocó. No fue una opción, sino una respuesta obligada por la prohibición y el control de cualquier forma de oposición.

Fue una práctica política que desafiaba al poder al margen de la legalidad impuesta, un recurso inevitable para oponerse a la dictadura de Franco con diversos procedimientos de organización y una forma de vida de sus protagonistas individuales o colectivos que les llevó a desempeñar sus actividades con el permanente acecho de la represión. Entre estas actividades destacó invariablemente la expresión escrita como principal instrumento de comunicación interna en las organizaciones políticas, hasta convertirse en la columna vertebral de su funcionamiento, como medio de propaganda política para extender sus propósitos y sus argumentos al conjunto social y como método de lucha, tanto por sus contenidos como por sus formas y significados, contra la dictadura. El repertorio de esta cultura escrita fue tan extenso como las condiciones de elaboración y difusión permitieron. Periódicos, revistas, folletos, octavillas y todo tipo de hojitas volantes, cartas, carteles, pegatinas, pintadas, murales... con denuncias, llamamientos, manifiestos, proclamas, convocatorias, consignas... que configuraron miles de textos efímeros que salían a la superficie como testigos

vivos de la clandestinidad para hacerse visibles, extenderse en todos los ámbitos sociales posibles y convertirse en los arietes del cuestionamiento y la lucha contra la dictadura.

Fue un tiempo muy largo, casi cuatro décadas, de letras clandestinas y lecturas perseguidas en un escenario oculto y ocultado. Oculto por sus protagonistas para impedir su localización y ocultado por la dictadura para silenciar su existencia, hasta configurarse una espiral de clandestinidad y otra de represión que se alimentaron mutuamente. Esa cultura escrita, impresa o manuscrita, lejos de ser un episodio marginal tapado entre aquellas fechas por la dictadura del general Franco, creció y se hizo más fuerte con el tiempo y contribuyó, con su agitación cultural y política, a romper los moldes del régimen y hacer visibles sus contradicciones. La cultura escrita clandestina abrazó un nutrido repertorio de protagonistas, motivaciones y formas de actuación, cuyo único denominador común fue el de situarse al margen de los canales oficiales de la dictadura y representó todas las versiones y grados de la disidencia.

Al mismo tiempo, y quizá por ello, la cultura clandestina siempre se apoyó en la convicción de una inmediata caída de la dictadura. La vitalidad y el grado de compromiso, con la firme creencia en los principios y en la legitimidad de sus actuaciones, fueron un mecanismo de sugestión colectiva militante que llevó en parte a desenfocar la realidad social en la que se desenvolvía el país. Tuvo una tendencia a idealizar las situaciones y a encapsularse en un mundo secreto, pero también desajustado en el contexto de un régimen que había optado por una represión sistemática de cualquier tipo de disidencia. La caída de la dictadura siempre se entendió como inexorable, y de forma inminente. Esta psicología militante de la proximidad de la democracia, o de la revolución, fue lo que

dio fuerzas y empuje a la disciplina clandestina, junto a una firme creencia en sus principios. La tendencia a formularse una visión distorsionada de la realidad era un convencimiento necesario, a su vez, para mantener un espíritu de lucha. Por eso, para ellos la caída de la dictadura siempre estaba próxima, principalmente en momentos concretos, como en 1945 y la finalización de la Segunda Guerra Mundial. No había duda, desde su perspectiva, de que el boicot internacional de aquel año, dejando aislada a la dictadura, sería el golpe decisivo que estaba a punto de consumir su quiebra. Después de 1947, y con el nuevo escenario marcado por la Guerra Fría, sus esperanzas se disiparon, aunque siempre mantuvieron elevadas dosis de optimismo respecto a la clausura del régimen. Un nuevo episodio de agitación animado por su supuesta situación contra las cuerdas se volvió a producir durante el bienio 1956-1957 con la extensión de la protesta y la pluralidad de las disidencias. En la segunda mitad de los años sesenta y durante la última década de Franco en el poder, las perspectivas de una caída de manera inmediata se redoblaron a medida que transcurrían los años, sobre todo desde 1968. Siempre sobrevaloraron la eficacia de la propaganda. La diferencia temporal supuso que, mientras que en los años cuarenta y cincuenta las octavillas y la propaganda clandestina no dejaron de moverse más allá de los círculos militantes y simpatizantes, desde los años sesenta su cantidad, heterogeneidad y difusión en circuitos sociales más amplios otorgaron a la literatura de agitación un protagonismo de primer orden en las actividades de la oposición militante o de la protesta social.

Era un compromiso político y vital para sus protagonistas, que llegaron a hacer descansar todas sus expectativas en una vida volcada al servicio de la causa. Los escritos clandestinos

procedentes de la militancia organizada o con algún soporte orgánico siempre tuvieron una apoyatura teórica y fueron el resultado de debates doctrinales y estratégicos interminables. La fuerza de las convicciones, la disciplina de sus actuaciones y la categórica creencia en la posesión de la verdad exigían un dogmatismo a prueba de cualquier debilidad. Era un combate intenso y no cabía la duda ideológica, ni doctrinal ni estratégica. Era un combate de tinta que tenía en los escritos su principal arma de actuación y propaganda y, al mismo tiempo, era el instrumento imprescindible de su autoafirmación.

Los clandestinos necesitaban esconderse de sus perseguidores y, simultáneamente, darse a conocer a través de sus aparatos de propaganda y exhibir sus objetivos. Necesitaban exteriorizar sus propósitos y entrar en contacto con los colectivos sociales. La clandestinidad suponía esconderse de la policía y de las posibles delaciones, pero no del cuerpo social con el que pretendían comunicarse, siempre con prudencia y a través de muchos tanteos. Por eso, se exponían permanentemente. Clandestinidad era sinónimo de actividad política y movilización social. Ese era el sentido de sus expectativas: generar una gran oposición social que derribara la dictadura, y para ello tenían que comunicar, informar, hacer proselitismo. Se sentían la vanguardia elegida con la misión de convencer al conjunto social de las razones y legitimidad de su lucha. Se creían la conciencia de la multitud. Estaban tan convencidos, era tan firme su creencia, que se sentían depositarios de valores absolutos traducidos en la dogmatización de sus principios y de sus prácticas. El contacto con trabajadores, estudiantes o profesionales pretendía provocar un *movimiento de masas*, en la teoría militante, y eso era vital. Su vinculación con el tejido social era lo que daría sentido

a sus actividades y lo que permitiría el efecto multiplicador de su lucha contra la dictadura.

La propaganda clandestina constituyó la médula de los partidos y organizaciones de la oposición porque significaba, más allá de sus contenidos, la construcción del «aparato de propaganda». Para empezar, cumplía las funciones de elemento estructural de la organización, una especie de columna vertebral que aportaba cohesión. Era su portavoz y, como tal, se hacía eco de las líneas ideológicas y programáticas. Pero al mismo tiempo, en la práctica, era una pieza vital del funcionamiento de la organización, dotando de homogeneidad, formación y estructura a la militancia. Era su referente. Además, ejercía una función formativa de cuadros y militantes en el sentido ideológico y político, y también estratégico y táctico, de las actividades de la organización. Y, desde luego, su función propagandística era la que permitía, más allá de los militantes, el contacto con el cuerpo social como alimento multiplicador de la propia organización. Era el órgano central, una especie de corazón que bombeaba a todas las venas de la organización el sustento necesario para su mantenimiento y reproducción. Su propósito era provocar un efecto movilizador. Por eso los objetivos de la represión se dirigían al corazón de las organizaciones. Sin la prensa y sin el aparato de propaganda estaban destinadas a su marginación o desaparición, sin capacidad para conectarse y difundirse en el ámbito social.

Por su parte, la dictadura tuvo desde el principio el objetivo de eliminar física y moralmente al adversario, como continuación de la Guerra Civil. No bastaba con la victoria militar. Tenía que acabar con el vencido. Por un lado, con represión sistemática, contundente, infatigable a través de los consejos de guerra, con las cárceles y los campos de internamiento sobrepoblados y con miles de ejecuciones. Hubo una

arquitectura y unas directrices que ya procedían de la guerra, y un entramado legal que había empezado a construirse en sus postrimerías con la Ley de Responsabilidades Políticas de 9 de febrero de 1939 y con la Ley de Depuración de Funcionarios de 10 de febrero del mismo año. La primera tenía carácter retroactivo, y el expediente de responsabilidad política se iniciaba por haber sido condenado por la jurisdicción militar, por denuncia de cualquier persona o por iniciativa de las autoridades. Como en el ámbito militar, Franco había planificado el exterminio completo del enemigo. A estas leyes se sumaron la Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo, de 1 de marzo de 1940, y la Ley para la Seguridad del Estado, de 29 de marzo de 1941, que creaba la Brigada Político-Social como cuerpo policial especializado. El balance de la represión, con cifras siempre provisionales, se tradujo en más de 500.000 expedientes incoados en consejos de guerra, 50.000 fusilamientos en la posguerra y una cifra de encarcelamientos que en 1940 rondaba los 280.000 (Gómez Bravo, 2017: 44-45 y 229). Con los penales saturados, su número fue disminuyendo para aproximarse a 40.000 presos a la altura de 1945. Los campos de concentración, cerca de 300, hacinaron a un número indeterminado de personas, acopladas en cualquier espacio sin condiciones —plazas de toros, conventos, campos deportivos, fábricas...—, como el improvisado en Albaterra, al que fueron destinadas miles de personas que no habían podido embarcar en el puerto alicantino hacia el exilio. Otros, a medio camino entre penal y campo, fueron el resultado de la adaptación de viejos edificios reconvertidos, como una antigua fábrica de seda en el pueblo burgalés de Valdenoceda, donde cerca de 3.000 presos sufrieron todos los rigores extremos y condiciones infrahumanas de su reclusión.

Por otro lado, los temores, la inhibición y la desactivación política y social se proyectaron sobre una población incapaz de responder en tiempos de hambre y de silencio. Para la clandestinidad era una tarea muy difícil movilizar a una población amordazada o desmovilizada y en todo caso dispuesta a adaptarse a la nueva situación para sobrevivir. Pero los obstáculos para la lucha clandestina no solo procedían de los mecanismos de la represión, sino de las delaciones, principalmente practicadas por los entusiastas de la victoria o por los oportunistas para hacer méritos en los escalones clientelares del régimen.

Además de la policía, el mayor peligro para los clandestinos, sobre todo en los años cuarenta, aunque se trató de un fenómeno permanente, lo representó la vigilancia organizada o los delatores ocasionales entre los vecinos, las amistades o los compañeros de trabajo y a los que la dictadura implicó en el control de los disidentes. Enmudecer para sobrevivir. Ese fue el comportamiento social temeroso de los vencidos o de los sospechosos. La cuestión iba más allá de un posible pasado republicano. Cualquiera podía entrar en los círculos de la sospecha por su relación con familiares, amigos o parientes republicanos. Los temores no procedían solo de una represión de naturaleza policial en su búsqueda de disidentes o desafectos, sino de una forma de control y persecución que se trasladó a las mismas entrañas del tejido social buscando la connivencia de la propia ciudadanía. Tenían que aprender a callar ante la atenta vigilancia de la tríada de los jefes de barrio, calle y casa, dependientes de Falange como *micropoderes* de hecho, sobre todo en los años cuarenta, investidos de atribuciones delatoras para colaborar con la policía. Además, los clandestinos debían ser cautos ante los ojos de los vecinos, serenos, porteros de fincas, comerciantes, amistades oca-

sionales o compañeros de trabajo como potenciales denunciantes. En el mundo rural, principalmente en las comunidades más pequeñas, la selección estaba hecha. Allí no había privacidad, y las actividades y comportamientos de los individuos antes y después de la guerra eran conocidos. Pero en las ciudades la amenaza de convertirse en sujeto directo de la represión se mantuvo muchos años después de la guerra. No había que hablar de *política*. Como palabra maldita, quedó desterrada de la cultura de las gentes. Había que evitar la significación a toda la costa. A lo largo de la dictadura el temor de la población a hablar, a colaborar con cualquier tipo de actividad disidente, ni siquiera a escucharla, formaba parte del discurso tan extendido de *no hablar de política ni meterse en líos* (Martínez Martín, 2022: 228-229).

Evitar problemas era una conducta que se incrustó en la conciencia social. Para los clandestinos era muy difícil romper esos códigos de comportamiento. Además, poseer o conservar una publicación clandestina, periódico o panfleto, quemaba por las consecuencias punitivas extremas que de ello se podían derivar. El esfuerzo por transmitir la necesidad de la lucha contra la dictadura calaba escasamente en una sociedad desactivada, desmovilizada, atada a una cultura de la inhibición que ponía fuertes barreras a sus actividades clandestinas. Al mismo tiempo, trataban de evitar la sospecha y de mantenerse en los circuitos de normalidad de la vida cotidiana, es decir, sin salirse del estilo de vida rutinario y de las pautas de orden. No era solo cuestión de perseverar con argumentos para convencer al conjunto social de la legitimidad de sus actuaciones, sino de romper las barreras de una conducta social desmovilizada por la dictadura.

La parte militante de los vencidos y la más comprometida con los partidos y organizaciones que habían luchado en campo republicano

continuó, como una prolongación de la guerra, con sus actividades desde la clandestinidad en el interior o desde el exilio francés. Se movieron en un marco de actuación condicionado por el propio trauma de la derrota, que diezmó y dispersó a las heterogéneas fuerzas políticas que habían combatido en la guerra. La represión dificultó enormemente la reorganización clandestina en el interior del país. La secuencia de detenciones —*caídas*, en la jerga clandestina— supuso un continuo descabezamiento de dirigentes y el desmantelamiento de células o grupos precariamente constituidos y aislados. Las ejecutivas, consejos o comités pasaron a engrosar las cárceles o fueron destinados a los pelotones de fusilamiento. Comunistas, socialistas, sindicalistas o anarquistas procuraron consolidar o extender sus actividades con rudimentarios aparatos de propaganda consistentes en la elaboración de periódicos u octavillas como medios de agitación, con imprentas manuales, pero las condiciones para su adquisición, elaboración y difusión eran tan difíciles que sistemáticamente acababan siendo localizados, toda vez que la detención de los grupos de propaganda era el hilo del que la policía tiraba para desmantelar las organizaciones. La resistencia continuó en las cárceles hacinadas y en condiciones todavía más precarias, pero de ellas salieron muchas consignas y estrategias con imaginativas fórmulas para comunicarse con el exterior, con mensajes cifrados o cartas en clave, y actividades para mantener la moral en las celdas, como la elaboración de periódicos manuscritos de apretada caligrafía y destreza manual. En todo caso, suponía un permanente desafío hacia lo prohibido, y poco a poco la clandestinidad empezó a crecer y a abrirse a mayores capas de la población, en sintonía con el cambio de las condiciones históricas a lo largo de casi cuatro décadas.